Chopin y Rubinstein
(CONCIERTOS BENEFICOS)

Por el doctor Ignacio MATEO

La ciudad de Lodz domina las tierras bajas de Polonia en el triángulo de Varsovia, Cracovia y Breslau con vientos suaves de llanura, frente a la alta Galitzia carpática. Landas frías y fértiles, perennemente codiciadas por las naciones vecinas que afilan zarpas de ambiciones.

La vida fluye mansamente, como el Vístula y sus afluentes, hacia el Báltico por el pasillo de Dantzig, que se disfrazará de mala razón o buen pretexto para sucesos bélicos que apretarán aún más la cadena opresora de un gran país católico y reducirá aún más su espacio vital, lleno de ritmos y danzas impregnadas de romanticismo.

Cerca de Lodz, en Zelazowa, vive eternamente la llama de un recuerdo en una estancia y un piano. En la capital polaca hay un corazón muerto que reposa lejos del endeble cuerpo que le albergó. Manos piadosas ponen flores cada día en la iglesia de Santa Cruz de Varsovia, igual que a 2.000 kilómetros, en el poético cementerio de Père Lachaise, de París. Allí le llevaron, como él quiso, los dos puñados de tierra polaca—uno de amor, otro de dolor—, encerrados en la copa de plata de Wola. Y allí flota un leve humo de incienso de nostalgia. Así sigue viviendo Federico Chopin en el alma de su pueblo y en la voz de infinito que quiso dar a un solo instrumento. ¡Treinta y nueve años de existencia, consumidos en fuego de pasión por la patria, por el arte, por el amor...!

La precocidad de Chopin, que se presentó ante el público a los ocho años interpretando un concierto de Adalberto Gyrowetz en una fiesta benéfica (22 de febrero de 1818), tiene una gloriosa continuidad o repetición, o superación setenta años después.

En 1889, otro polaco, Arturo Rubinstein, nac en Lodz, que también siente la pasión del piano antes de la edad de las pasiones, da su primer concierto público, igualmente de carácter benéfico, ¡a los tres años de edad! Asombroso. El aventajado alumno de los maestros Bartsch y Breithaput—que después lo sería del gran Paderewsky, pianista y presidente de Polonia—consiguió el primer éxito artístico, a la vez que hacía su primera contribución a la caridad mediante ese efluvio espiritual que es el soplo de la revelación artística y el altruismo benéfico.

Rubinstein había colocado la primera piedra del edificio de su celebridad en la hora en que los demás mortales estamos aún aprendiendo a sostenernos sobre los pies "firmes y derechos"

Pero el niño Rubinstein, como el niño Chopin, tiene trazado un camino y va cubriendo sus etapas con ímpetu optimista y generoso.

Con pantalón corto y calcetinitos blancos es enviado a Berlín, donde se encarga de su educación musical el profsor Joachim. Tiene entonces Arturo ocho años. Tres más son suficientes para que el alumno entre en la madurez artística. Ya está capacitado para enfrentarse con problemas de verdad a juicio de su maestro. "El concierto en la" de Mozart, que está ensayando diariamente hasta la hora del crepúsculo, y aun muchas noches a la luz temblona de un velón, le servirá de piedra de toque y contraste ante el docto y exigente público berlinés.

Y vuelve a triunfar. Desde aquella memorable fecha de 1897, en que comienza su vida errante de artista triunfador, está empapado de entusiasmos. Los de su propia consagración al teclado y los del público que le sigue de cerca y de lejos. Rubinstein aborda temas difíciles y los resuelve siempre. Es el fruto del estudio, de la vocación, de la entrega total al instrumento único que adoró Chopin y que él ama sobre todas las cosas. Rubinstein pone las manos sobre las teclas blancas y negras como movido por un don carismático. "Sus manos eran servidoras leales de su alma." Esto que Heine dijo de Chopin puede aplicarse por entero a Rubinstein, que ha hecho de la música compuesta por su inmortal paisano su más cultivada especialidad en los recitales que inundan los ámbitos del mundo. Es uno de los pocos pianistas que pueden reproducir verdaderamente "esa mezcla cerebral de pasión, dolor, comezón secreta y rebeldía" que constituyen la esencia de Chopin, como alguien escribió.

En 1906 Rubinstein es ya un apuesto mozo de veinte años, que recorre en triunfo Norteamérica. Un hombre. Y no se duerme sobre los laureles. En pleno éxito piensa que su actividad de concertista necesita una base de mayor firmeza. Y se retira durante varios años a su estudio, donde trabaja hasta elaborar "su" técnica. Cuando vuelve a la pública palestra lo hace ya como un maestro consumado. Se dice de él que en cuarenta años ha tocado para mayor número de oyentes que ningún otro en la historia de la música. En sólo medio año (1947) da 90 conciertos recorriendo Estados Unidos.

Interpreta a los compositores modernos: Stravinsky, Albéniz, Falla; pero su predilección es Chopin, donde late el alma eslava, el ardor de Polonia en mazurcas y polonesas; la poesía y el amor en impromptus, scherzos y valses, y el ansia de eternidad y de bellaza en los nocturnos y preludios. Y con la mirada puesta en el resalte melódico sirve armonías genialmente captadas por su temperamento de artista nato, dentro de las normas de un tecnicismo perfecto.

En su gloriosa vejez, que Dios conserve muchos años, Rubinstein sigue siendo el mago del piano. Recientemente nos honró con su visita a España. Y el madrileño Palacio de la Música, transido de insignes melodías, escuchó hace pocos meses a este gran señor de las salas de concierto, que en 1889 dio el primero, a los tres años, para remediar males ajenos en función benéfica, como Chopin, y ahora, al filo de los ochenta, sigue en su línea de hombre bueno y artista genial que sabe sacarse de la manga, sin que apenas nadie lo note, las palomas de su caridad cristiana.

Después de aquel recital en el Palacio de la Música, de Madrid, cuando aún estaba saliendo el entusiasmado público al agitado ráfico de la Gran Vía para aplaudirle otra vez, otra vez Arturo Rubinstein, anciano, fue espontáneamente generoso con el mundo doliente. Y conviene que se sepa y no se olvide. En aquel momento, el presidente de la Cruz Roja Española recibía del insigne pianista polaco la cantidad de 100.000 pesetas para necesidades asistenciales de la institución en beneficio de los enfermos españoles acogidos en sus hospitales. Donosa manera de redondear un día de triunfo que es la síntesis del triunfo de una vida.